

Las crónicas

Le Soir, 4 de agosto de 1940 – El movimiento musical

Una obra de arte sólo nos proporciona toda su belleza, toda su expresión, cuando la contemplamos desde el ángulo estético adecuado. Exige de quien la contempla una actitud que debe corresponderse con la del artista que la creó. En esto consiste la técnica del espectador o del oyente, si se trata de música, indispensable para que el ciclo de la función social del arte se realice con eficacia. Esos puntos de vista deben ser tan distintos como puedan serlo las dos actitudes contrapuestas del alma que originaron la música romántica, a partir de Beethoven, y la música moderna, a partir de Debussy. La música romántica, cuya emoción ha llegado a mecanizarse hoy día por el uso, tiene la propiedad de liberar el resorte de nuestros sentimientos más íntimos y personales, que giran como satélites alrededor de la obra que oímos pero no escuchamos, porque lo que de verdad escuchamos en ese caso es un eco de nosotros mismos. Algunos sicólogos llaman esa actitud «concentración hacia el interior». La música actual, al contrario, exige una «concentración hacia fuera», hacia el maravilloso acontecimiento sonoro que se produce en la orquesta y cuyos reflejos emotivos son menos primarios, menos vitales que los anteriores, pero mucho más estéticos. No afirmo que una actitud sea superior a la otra ya que no me propongo, ahora, realizar la crítica del romanticismo musical. Me refiero a que son distintas, dirigiéndome al público que exige la perfección técnica de los artistas. Quiero también rogar a quienes realizan las programaciones que lo tengan en cuenta. A veces se presentan juntas obras que fueron concebidas a partir de estilos contradictorios. El público no tiene la soltura necesaria para cambiar su propia atmósfera espiritual en el intervalo de unos segundos cuando todavía flota en nuestros corazones la resonancia sentimental de la obra que se acaba de oír. Los conciertos y el teatro lírico son en el campo de la música lo que los museos son para las artes plásticas; no encontramos mezclados en la misma sala los primitivos y los impresionistas. En el futuro se irá imponiendo, en beneficio de la cultura, una disciplina de los conciertos y del teatro lírico.

Los Conciertos de Mediodía

El programa presentado el jueves por la Orquesta de Cámara dirigida por Théo de Joncker de verdad interesante. En primer lugar, las «Tres Aequale» para cuatro trombones, de Beethoven, expresadas con un sentimiento íntimo y noble, bien enmarcado por la sonoridad de los metales, han sido muy bien interpretadas por los señores Dax, Georges, Nelles y Oury. Quisiera volver a tratar algún día de este tipo de obras de Beethoven. Le siguieron la Introducción y el Allegro para arpa sola y orquesta, de Ravel. Aquí la lógica y la emoción constituyen una pareja inseparable. No existe, aparte de Mozart, otro músico donde el equilibrio y la intuición sean tan perfectos. La solista, la Srta. Rocher posee un buen mecanismo. Su sonoridad es algo débil pero muy agradable. La versión que nos ha proporcionado de esta preciosa obra es fina y discreta. La orquesta la ha seguido muy bien. «Chôros», para tres trompas y trombón, de Villa-Lobos, es una obra interesante pero llena de efectos fáciles conseguidos a partir de fórmulas modernas ya obsoletas. Es difícil componer para los trompas. La obra fue muy bien interpretada por los Sres. Faulx, Carrael, Cormex, trompas, y Oury, trombón. Théo de Joncker figuraba también en el programa como autor. El Sr. de Joncker hace suya la inscripción del templo de Delfos: «Nosce te ipsum». Su ejemplo debieran seguirlo muchos músicos. Sus obras están bien construidas, son agradables al oído, y en especial «Le Joueur d'orgue de Barbarie», con una orquestación finísima.

El viernes, el pianista Alex de Vries interpretó obras de Chopin, Weber-Brahms, L. Jongen, Verremans y Paganini-Liszt. Ese joven artista posee grandes cualidades. Debiera, sin embargo, tratar de ocultar la técnica tras la emoción; de este modo no se producirían precipitaciones dinámicas inexpressivas. Eso aparte, ha interpretado correctamente tanto el programa como, de propina, el Estudio n.º 8.

En el Pathé Palace

«El Maestro de Capilla», de Paer, que se ha convertido en una ópera de un solo acto —al principio no lo era— porque sólo se interpreta el primero, es una parodia de la ópera italiana de su época, con algunos pequeños hallazgos y algunos pequeños atrevimientos, compuesto bajo la influencia de Mozart y sobre todo de Rossini. (No me refiero tanto al autor del «Moisés» como del «rossinismo».) Entonces los músicos y los críticos se quejarán de las injusticias de la Historia hacia el «rossinismo», y con mayor razón que en el caso de Verdi, ya que «Moisés» es muy superior a «La Traviata». Entonces, quizá, tanto Paer como los demás émulos de Rossini de su época volverán a ponerse de moda durante unos días. Mientras tanto, mejor será considerar «El Maestro de Capilla» como una pequeña obra maestra, si no queremos llevarle la contraria a los diccionarios. Pero carece de importancia. La interpretación que dieron de la obra la Sra. L. Denié y los Sres. Goda y Maricq ha resultado muy esmerada.

Antes de esa representación, tuvimos ocasión de oír un concierto cuyo programa era bastante homogéneo. Lo ejecutó estupendamente la orquesta, bien dirigida por el Sr. Strony. Los solistas, la Sra. Stany Paillot, soprano, y Edmond Baeyens, chelista, han tenido el éxito que merecían.

Digamos, por concluir, que todos debierámos apoyar los conciertos y espectáculos organizados en las actuales circunstancias, y en función de las cuales hay que juzgarlos. Debemos comprender que los artistas son los factores primordiales de la cultura. En la Historia, las expresiones de la vida práctica no cuenta gran cosa. Sólo por la esencia del espíritu merecen perpetuarse los pueblos.

Auguste de TRIAY.